

BREVE HISTORIA de los...

5

GRANDES GENERALES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Iván Giménez Chueca



Patton, Rommel, MacArthur, Eisenhower, Zhukov, Yamamoto...
Descubra a los grandes protagonistas de la contienda más decisiva
de nuestra historia reciente. Generales de ambos bandos
que diseñaron estrategias y doctrinas bélicas que cambiaron
la manera de combatir para siempre

**BREVE HISTORIA
DE LOS GRANDES GENERALES DE
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL**

BREVE HISTORIA DE LOS GRANDES GENERALES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Iván Giménez Chueca



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de los grandes generales de la Segunda Guerra Mundial*

Autor: ©Iván Giménez Chueca

Copyright de la presente edición: © 2022 Ediciones Nowtilus, S. L.

Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: ExGaudia, Asociación Cultural

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-1305-298-4

Fecha de edición: octubre 2022

A mis padres, Juan y Adela

Índice

Introducción

1. Bernard Montgomery, el general espartano

La apuesta por una defensa móvil: la guerra absurda (Phoney War) y Francia

Al frente del octavo ejército, el duelo con Rommel en El Alamein

Sicilia e Italia, nace la rivalidad con Patton

Market Garden, Monty piensa a lo grande

2. Patton, la caballería contra los nazis

La revancha por Kasserine, el avance hacia Túnez

La carga del tercer ejército por Europa

Patton en las Ardenas, el rescate de la 101ª división aerotransportada

Hacia el corazón del Reich

3. Dwight Eisenhower, el general político

«Alemania primero», la prioridad de derrotar al Tercer Reich

Primer asalto de la fortaleza Europa

Abrir el segundo frente

El avance hacia Alemania, ¿una punta de lanza o un frente amplio?

4. Douglas MacArthur, revancha contra el Sol Naciente
¡Volveré! La defensa y evacuación de Filipinas
La guerra en los mares del Sur: la campaña de
Papúa-Nueva Guinea
La promesa cumplida: la invasión de Leyte y la
reconquista de Filipinas
La ocupación de Japón

5. Chester Nimitz, el poder naval sometiendo a un imperio
Cambiando las tornas: la batalla de Midway
Island hopping, los marines al ataque
Estrangulando a un imperio, la guerra submarina
contra Japón
Iwo Jima y Okinawa, poner a Japón de rodillas

6. Zhúkov, el puño de Stalin
El salvador de Leningrado y Moscú
Operación Marte: éxito y fracaso
Coordinando las contraofensivas de la URSS
La carrera hacia Berlín

7. Sir Arthur Harris, la muerte desde el cielo
Llevar la guerra al corazón del Reich
Operación Gomorra, Hamburgo en llamas
La batalla aérea de Berlín
Terror desde las alturas: el bombardeo de Dresde

8. Rommel, un zorro audaz al servicio de Hitler
El arranque de la Segunda Guerra Mundial
Al frente del Afrika Korps
El final del sueño alemán en África: El Alamein y
Túnez
Un desembarco y una conspiración

9. Heinz Guderian, un ideólogo de la Blitzkrieg

Achtung Panzer, la Biblia de la guerra relámpago
Operación Barbarroja y el fracaso a las puertas de Moscú
Reconstruir las divisiones panzers
El blanqueamiento de la Wehrmacht tras la Segunda Guerra Mundial

10. Erich von Manstein, el talento de la Wehrmacht
Buscando la sorpresa operacional, el avance a través de las Ardenas
La conquista de Crimea, el asalto a la fortaleza Sebastopol
Stalingrado y Járkov: tragedia y triunfo
El arte de la retirada

11. Walter Model, el bombero de Hitler
Al asalto de Moscú, la operación Tifón
Una trituradora de carne, las batallas de Rzhev
Conteniendo la marea roja
Las últimas victorias: Market Garden y el bosque de Hurtgen

12. Albert Kesselring, el gran estratega alemán en el Mediterráneo
Las campañas aéreas de Polonia, Países Bajos y Francia
Objetivo Malta, ¿la clave para la victoria en África?
Protegiendo el flanco sur: Túnez e Italia
Los últimos combates y juicio en Venecia

13. Karl Dönitz, el artífice de la guerra submarina
Las dos almas de la Kriegsmarine: submarinos y grandes barcos de superficie
Las tácticas de las manadas de lobos
La batalla del Atlántico, el gran esfuerzo de Dönitz
El ocaso de los lobos

14. Isoroku Yamamoto, luchando contra un gigante

El arquitecto del golpe en Pearl Harbor
La apuesta por una batalla decisiva en Midway
Las grandes batallas navales de Guadalcanal
Operación Venganza, el final de Yamamoto

Bibliografía

Introducción

El desarrollo de la Segunda Guerra Mundial no se comprende en detalle sin conocer bien a sus principales estrategas. Almirantes, mariscales y generales de ambos idearon las doctrinas y tácticas que marcaron el inicio, desarrollo y desenlace del mayor conflicto de la historia de la humanidad. Sus nombres resultan familiares para cualquier persona con un mínimo de interés por el periodo: Rommel, Patton, Montgomery... Pero ¿hasta qué punto se conoce su aportación? Este libro pretende aclarar dicho rol en una contienda que ha marcado al mundo contemporáneo.

El Tercer Reich desencadenó las hostilidades en 1939 con la guerra relámpago (*blitzkrieg*) que le dio una serie de victorias fulgurantes hasta 1941. Heinz Guderian fue uno de los principales ideólogos de esta manera de combatir que luego Erwin Rommel llevaría a nuevas cotas con el

Afrika Korps y que le harían ganarse el sobrenombre de El Zorro del Desierto. Otros hombres como Erich von Manstein demostraron una gran flexibilidad estratégica para adaptarse a la realidad cambiante del conflicto en escenarios tan complejos como el frente del Este.

Pero la Alemania nazi también innovó en otros terrenos más allá de la blitzkrieg. Los ataques de sus submarinos a los convoyes aliados fue otro de los rasgos que caracterizaron la Segunda Guerra Mundial y que pusieron contra las cuerdas a Gran Bretaña. Esta estrategia fue desarrollada por Alemania en conflictos anteriores, pero en esta contienda alcanzó grandes cotas de eficacia de la mano del almirante Karl Dönitz.

Muchos de estos generales y almirantes a las órdenes del Tercer Reich no tuvieron las manos limpias en los crímenes del régimen. El ser brillantes estrategas hizo que estuvieran cerca de la cúpula nazi, incluso tuvieron una estrecha relación con Adolf Hitler. Fueron jaleados por la propaganda de Berlín y, algunos de ellos, asumieron y practicaron sus políticas racistas con todas las consecuencias.

La guerra en el mar en este conflicto no solo cambió en sus profundidades. Las flotas de superficie también vivieron un profundo cambio con los portaaviones y la aviación naval tomando el rol como espina dorsal de las armadas en detrimento de los acorazados. Una revolución que vino de la mano de hombres como el japonés Isokoru Yamamoto, quien intentó asestar golpes mortales a la armada estadounidense en Pearl Harbor y Midway.

Los generales aliados destacados en esta obra son hombres que supieron cambiar las tornas de un conflicto que vio como el Eje cosechaba importantes victorias en sus primeros años. El soviético Georgui Zhukov y el británico Bernard Montgomery contrarrestaron la blitzkrieg alemana

en las estepas rusas y los desiertos norteafricanos, respectivamente, y pasaron al ataque contra un enemigo que hasta entonces parecía invencible.

La entrada en guerra de EEUU hizo que sus militares asumieran también roles destacados en el esfuerzo bélico de los Aliados. En los frentes del norte de África y Europa, el general George S. Patton forjó su propia leyenda como general carismático y paladín de la guerra móvil. Mientras que en el frente del Pacífico el almirante Chester Nimitz y el general Douglas MacArthur rivalizaron por demostrar quién tenía la mejor estrategia para derrotar al imperio de Japón.

Otro punto fuerte de la Segunda Guerra Mundial fue el empleo de bombardeos masivos para derrotar a las potencias del Eje. En este sentido, destaca sir Arthur Harris, un nombre menos conocido que Montgomery o Patton, pero que ideó los ataques aéreos contra las industrias y las ciudades alemanas con efectos tan devastadores para la población civil como se vieron en Hamburgo o Dresde.

Estos hombres tuvieron egos fuertes, un aspecto muy vinculado a los fuertes liderazgos, que en ocasiones hicieron peligrar el esfuerzo aliado en la guerra. Para poder armonizar estas personalidades fue indispensable la figura del general Dwight Eisenhower. Su talento quizá no se demostró con brillantes maniobras en el campo de batalla, pero su aportación fue fundamental para la victoria aliada en Europa occidental.

El presente libro pretende repasar la vida de estos hombres de manera amena, pero sin dejar de lado el carácter riguroso. El lector encontrará una aproximación a la Segunda Guerra Mundial a través de los hombres que dirigieron las principales batallas del conflicto. Adentrarse

en estas páginas ayuda a comprender mejor las decisiones que estos generales y almirantes tomaron y que marcaron el desarrollo y desenlace de la Segunda Guerra Mundial.

1

Bernard Montgomery, el general espartano

Si Churchill devolvió la moral al pueblo británico desde el Parlamento y Downing Street, Montgomery lo hizo desde el campo de batalla. Tras una serie de derrotas, venció al *Afrika Korps* en Egipto. A partir de ahí, tuvo un rol determinante en las ofensivas aliadas contra el Eje: Túnez, Italia, Normandía, Arnhem... Un personaje que también destacó por su controvertida personalidad que marcó las relaciones con sus aliados estadounidenses.

Bernard Law Montgomery nació el 17 de noviembre de 1887 en el sur de Londres. Fue el tercer hijo de una familia en el distrito de Kennington de la capital británica. Allí, su padre era reverendo y el futuro vencedor de El Alamein tuvo ocho hermanos más. Aunque los Montgomery vivirían

poco en la ciudad. A los dos años de edad, su padre fue nombrado obispo anglicano en Tasmania, donde la familia viviría hasta 1897.

El ambiente familiar era un tanto opresivo para Bernard Montgomery debido al carácter controlador de su madre, Maud. Por este motivo, de joven desarrolló un carácter rebelde y a los 14 años ingresó en un colegio militar, sin el conocimiento de sus padres. En el centro educativo castrense no pudieron domar su espíritu y tuvo problemas para someterse a la autoridad.

Con todo, logró graduarse y, en enero de 1907 (con 19 años), dio un paso más en su carrera en el ejército británico e ingresó en la academia militar de Sandhurst. En las pruebas de entrada, quedó situado en el puesto 72 de 170 nuevos cadetes. Su carácter difícil le generó varios problemas con los profesores y otros alumnos; de hecho, estuvo a punto de ser expulsado por una pelea multitudinaria donde un compañero resultó herido con quemaduras de importancia.



Retrato de Bernard Montgomery Fuente: Wikimedia Commons.
Licencia de Dominio Público.

Pese a estos episodios disciplinarios, consiguió graduarse en 1908. Este mismo año recibió su primer destino como subteniente en el primer batallón del regimiento Royal Warwickshire. Con esta unidad sirvió hasta 1913 en la provincia de la Frontera Noroeste (actual Pakistán) de la India británica. La rutina de la vida militar resultó del agrado del Montgomery veinteañero, aunque fuera de los cuarteles no socializó bien con el resto de los oficiales británicos que dedicaban sus ratos de ocio a practicar deportes (el polo era muy popular entre los militares destinados en la colonia) o a tratar de seducir a alguna joven. Fue en estos años cuando comenzó a forjar su fama de persona con unas costumbres austeras: era abstemio, se iba a dormir muy temprano y amaba la disciplina. Todo esto le valió para ganarse el apelativo de «espartano».

Como a todos los oficiales de su generación, la Primera Guerra Mundial lo marcó para siempre. Cuando estalló el conflicto, su batallón fue destinado a Francia. Allí Montgomery con 26 años vio como la mitad de sus hombres morían o eran capturados en Le Cateau, durante el primer mes del conflicto. Él mismo tuvo que aprovechar la noche para escapar de la tierra de nadie en el frente y evitar que los alemanes lo atraparan.

Poco después, el 13 de octubre de 1914, un francotirador lo hirió en el pulmón derecho durante la batalla de Ypres. Le dieron pocas esperanzas, e incluso se llegó a cavar su tumba, pero Montgomery se sobrepuso y se recuperó. Como consecuencia de esta grave lesión, obtuvo su primera condecoración, la Orden al Servicio Distinguido.

Con sus capacidades un tanto mermadas por la herida en el pulmón, fue apartado de la primera línea de combate y destinado a tareas en el Estado Mayor de diversas unidades de la Fuerza Expedicionaria Británica. También participó en el entrenamiento de reclutas y aquí aprendió a valorar la importancia del adiestramiento para los soldados, un factor clave para explicar su éxito futuro en la Segunda Guerra Mundial. Esta labor de retaguardia no le impidió tomar conciencia de los horrores que las tropas vivieron en las trincheras de la Gran Guerra. Se mostró muy crítico con las actuaciones de los altos mandos, por utilizar a las tropas como carne de cañón con unos resultados muy discretos.

LA APUESTA POR UNA DEFENSA MÓVIL: LA GUERRA ABSURDA
(*PHONEY WAR*) Y FRANCIA

Tras la Primera Guerra Mundial, Montgomery contrajo matrimonio con Betty Carver, actriz. Muchos auguraron un futuro complicado para la pareja por sus caracteres opuestos, pero los dos supieron ver en el otro un complemento a sus respectivas personalidades y tuvieron una vida feliz.

Respecto a la carrera militar de Montgomery, en 1931 asumió el mando de su antiguo regimiento Royal Warwickshire. Continuó sirviendo en varios protectorados y colonias del Imperio británico como Egipto, India o Palestina. En este último destino, participó en la represión de una revuelta árabe. Fue progresando en el escalafón militar, y el 28 de agosto de 1939 recibió el mando de la 3ª división de infantería. Tres días después Alemania invadió Polonia. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial.

El espíritu crítico no había abandonado a Montgomery. Era pesimista respecto a las posibilidades del ejército británico en el conflicto al que consideraba «no estar preparado para combatir en una guerra de primera clase en el continente europeo»¹. No era el único que pensaba así, muchos oficiales consideraban que las fuerzas armadas de Su Majestad servían para actuar como contingentes policiales en las colonias del imperio, pero dudaban de su capacidad para enfrentarse a un rival moderno como la Wehrmacht (el ejército alemán).

Montgomery tenía claro que la movilidad sería clave para luchar en la guerra contra Alemania. En la medida de sus posibilidades, comenzó a entrenar a su división en estas tácticas como pudo, e incluso llegó a requisar vehículos civiles para realizar maniobras. Además, pronto se avivarían los recuerdos del conflicto de 1914, Montgomery y su unidad fueron destinados a Francia, a Lille. Allí debían defender la frontera con Bélgica. El terreno, dominado por las llanuras, hacía muy difícil contener a los tanques alemanes en posiciones estáticas, sin riesgo de verse

superados y rodeados. Montgomery siguió con el entrenamiento de sus tropas, incidiendo en tácticas para lograr una defensa móvil. Pero el resto de unidades de la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, por sus siglas inglesas) no siguieron su ejemplo. Con todo, en el invierno de 1939 a 1940, la calma fue absoluta en el frente occidental. No se produjo ninguna ofensiva alemana y los ejércitos aliados y del Tercer Reich se limitaron a observarse a ambos lados de la frontera.

Este periodo de inactividad se conoció como la «guerra de broma» (*phoney war* para los ingleses, *drôle de guerre* para los franceses o *sitzkrieg* para los alemanes). Pero la blitzkrieg irrumpió en Europa en la primavera de 1940, cuando Alemania desencadenó el plan Amarillo (*Fall Gleb*). Un movimiento en dos fases: un primer ataque contra los Países Bajos y Bélgica para atraer la atención de británicos y franceses; mientras que se lanzaría una segunda ofensiva a través de las Ardenas.



Montgomery (derecha de la imagen) junto a Winston Churchill durante una visita del primer ministro británico a las posiciones aliadas en Normandía. Fuente: Wikimedia Commons. Licencia de Dominio Público.

Los aliados mordieron el anzuelo. El 10 de mayo de 1940 Montgomery su división (y el grueso de la BEF) recibieron órdenes de entrar en Bélgica para tratar de detener la ofensiva alemana a través de este país. Cuatro días después, los panzers de Hitler realizaron su rápido avance a través de los bosques de las Ardenas. Los franceses y británicos lo consideraron toda una sorpresa ya que estimaban que cualquier avance tardaría entre nueve o diez días, pero las tropas germanas lograron atravesar la región en menos de sesenta horas.

Las tropas alemanas marcharon hacia la costa, amenazando con atrapar a los contingentes franco-británicos. En este marco, el día 16 de mayo, Montgomery recibió la orden de replegar a sus hombres. Con estas instrucciones, el futuro vencedor de El Alamein demostró que el entrenamiento al que había sometido a sus tropas había sido útil. Realizaron una serie de repliegues organizados desde el canal del río Escalda hasta Dunkerque.

A pesar de la disciplina demostrada, los hombres de Montgomery sufrieron un importante castigo y algunos batallones habían perdido la mitad de sus efectivos cuando llegaron a Dunkerque. Así que estas pérdidas no impidieron a la 3ª división defender el perímetro frente a los asaltos alemanes. Incluso Montgomery recibió más responsabilidades ya que tuvo que hacerse cargo del mando del segundo cuerpo durante la Operación Dínamo (la evacuación aliada de Dunkerque).

En la madrugada del 31 de mayo al 1 de junio, Montgomery y la 3ª división pudieron ser evacuados. Al igual que había hecho durante la Gran Guerra, el oficial no se calló sus opiniones y fue crítico con los mandos superiores de la BEF. Esta postura le sirvió para que no se confirmara su ascenso y se mantuviera en su unidad.

A partir de ahí, pasaron dos años en tareas que podían considerarse secundarias. Pero en las unidades que estuvo al frente, siempre mantuvo los elementos que definirían su mando: un entrenamiento intenso y un contacto constante con las tropas para mantener su moral.

AL FRENTE DEL OCTAVO EJÉRCITO, EL DUELO CON ROMMEL EN EL ALAMEIN

Pese a su buena actuación replegando su unidad en Dunkerque, Montgomery seguía siendo un personaje secundario, lejos de la imagen que se espera de un héroe de guerra. Gran Bretaña también vivía horas bajas en el conflicto. Tras la retirada de sus fuerzas expedicionarias de Francia y Bélgica, la marcha de la guerra era poco halagüeña para Londres. La victoria en la batalla de Inglaterra (julio-octubre de 1940) había traído solo un breve respiro gracias al valor de los pilotos británicos y de otras nacionalidades que consiguieron rechazar los bombarderos de la Luftwaffe y alejaron el fantasma de una invasión de Gran Bretaña.

Pero los ejércitos de Hitler habían continuado cosechando victorias. La ofensiva del Eje contra los Balcanes había acabado en una nueva evacuación de tropas del Imperio británico que habían acudido en ayuda de Grecia. Además, la guerra se había extendido a África desde mitad de 1940 con la entrada de Italia en la guerra. Mussolini había atacado los dominios británicos en diversos puntos de aquel continente y, especialmente, destacó su ofensiva contra Egipto.



Tropas de la Fuerza Expedicionaria Británica en Francia Fuente: Wikimedia Commons. Licencia de Dominio Público.

Las tropas británicas habían contraatacado con éxito y se habían adentrado en Libia (una colonia italiana en esa época). Pero las victorias en los desiertos norteafricanos fueron un espejismo. En febrero de 1941, llegó un contingente alemán dirigido por el entonces general Erwin Rommel, cuyo nombre quedaría grabado en la historia del conflicto: el *Afrika Korps*. A partir de ahí, la guerra en el norte de África se complicó para los intereses de Londres. Pese a los numerosos esfuerzos, el Eje consiguió hacerse con la victoria.

A principios de 1942, las tropas de Rommel y sus aliados italianos estaban en un ciclo ganador. En Gazala, al noreste de Libia, habían causado una importante derrota al VII ejército -la principal unidad británica en el norte de África-, hecho que permitió a las fuerzas del Eje ocupar Tobruk, un puerto estratégico en la costa de Libia. El *Afrika Korps* había continuado su avance hacia Egipto y se extendió la sensación de que solo era cuestión de tiempo que los italianos y los alemanes llegaran al canal de Suez.

Las tropas del octavo ejército consiguieron detener a duras penas el avance de sus enemigos en la primera batalla de El Alamein. Este breve éxito se explicaba más por los problemas de abastecimiento de Rommel que por la pericia de los generales británicos. De hecho, el enfrentamiento se consideraba que quedó en tablas. Ambos bandos sabían que solo se había producido una pausa en las hostilidades y que el enfrentamiento decisivo en el norte de África estaba por llegar.

Churchill necesitaba un golpe de efecto. La primera mitad de 1942 había sido un reguero de malas noticias para Gran Bretaña, más allá de las derrotas sufridas en los desiertos de Libia y de Egipto. Las tropas de la Commonwealth también habían sido derrotadas en el Lejano Oriente, con la pérdida de las colonias en Singapur y Malasia a manos de los japoneses. Incluso la India, la Joya de la Corona Británica, estaba bajo amenaza de las tropas del sol naciente. La guerra en el norte de África era crucial para Gran Bretaña. No podía permitir que las fuerzas de Hitler ocuparan el Canal de Suez, ya que, de producirse, Londres tendría dificultades para comunicarse con una parte muy importante de su imperio y, en especial, la India. Además, a finales de 1942, los estadounidenses estaban cambiando el curso de la guerra en el Pacífico y Churchill quería equipararse a su aliado transatlántico². Así que una victoria en el norte de África era imperiosa desde la óptica londinense.

El problema es que Churchill había perdido la confianza en el general sir Claude Auchinleck, comandante de las fuerzas en Oriente Medio (que también englobaba el mando de las fuerzas del VII ejército en el norte de África). No podía estar al frente del cambio de tornas que tanto ansiaban en Downing Street; con esta situación era imperativo un relevo en el mando de las tropas sobre el terreno.

El gobierno británico destituyó a Auchinleck. El mando de Oriente Medio iría a parar al teniente general sir Harold Alexander, quien había destacado por sus servicios en Birmania y la India. Pero se nombró a un militar que se encargara específicamente del octavo ejército para que se dedicara en cuerpo y alma a planificar la derrota del *Afrika Korps*. El primer escogido para esta misión fue el general William Gott, pero falleció en un accidente de avión cerca de El Cairo. En ese momento, sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor imperial británico, propuso el nombre de Montgomery para comandar al octavo ejército. No fue casualidad, ambos hombres se conocían y habían servido juntos en Francia.



Tanques británicos en el norte de África Fuente: Wikimedia Commons. Licencia de Dominio Público.

Brooke había sido el superior inmediato de Montgomery en la Fuerza Expedicionaria Británica, y quedó muy satisfecho por la manera en la que había comandado la 3ª división. Había visto que no era el típico oficial y podía aportar ideas nuevas para conseguir derrotar al Eje en el

norte de África. El 13 de agosto de 1942 se oficializó su nombramiento como nuevo comandante del VII ejército.

A sus 54 años, Bernard Montgomery estaba ante la gran oportunidad de su carrera militar. Asumió el mando con un optimismo que contrastaba con el ánimo de muchos oficiales británicos en Egipto. Cuando se reunió con su Estado Mayor dejó claro que la principal orden iba a ser no retirarse más. En su primer discurso también ratificó su voluntad de trabajar en equipo para recuperar la confianza y conseguir la victoria final en África.

Con el grueso de las tropas, Montgomery aplicó la misma receta que había empleado en Francia: un entrenamiento intenso en tácticas de guerra móvil. También incidió en la coordinación entre la infantería, los tanques y la aviación. Además de la instrucción, el nuevo líder del VII ejército visitaba de manera continua a las unidades bajo su mando para aumentar la moral de las tropas. Montgomery se caracterizó por un trato cercano con los soldados -no era el típico oficial de origen aristocrático-, lo que le sirvió para levantar su ánimo y hacerse popular entre las tropas.

Mientras tanto, Rommel no iba a dejar tranquilos a los británicos. El Zorro del Desierto trató de romper las líneas de sus enemigos en Alam Hafa entre el 31 de agosto y el 5 de septiembre.

En este primer asalto ya se vio que alguna cosa había cambiado. Montgomery se apuntó su primera victoria frente a Rommel, en buena parte gracias a la superioridad material británica (gracias a los envíos de armas y otros suministros por parte de EEUU). Pese a derrotar a sus enemigos, el comandante del octavo ejército aún quiso ser cauto y mantuvo sus posiciones a la espera de que las tropas estuviesen mejor preparadas.

El 23 de octubre de 1942, Montgomery lanzó a sus tropas al ataque. La segunda batalla de El Alamein comenzó con un asalto al sector central de las fuerzas del Eje y con un movimiento desde el sur. Pese a demostrar una mejora sustancial de su capacidad de maniobra, las tropas británicas no pudieron romper las líneas alemanas -muy bien fortificadas- en los primeros compases de la contienda.

Pero la superioridad material británica demostraría de nuevo ser clave para Montgomery. Poco a poco, sus tropas fueron desgastando a las italo-germánicas que tenían graves problemas de abastecimiento gracias a los ataques aéreos aliados contra los convoyes del Eje. Esta situación se hizo patente a partir del 26 de octubre, cuando las fortificaciones de Rommel fueron tomadas una a una por las tropas de la Commonwealth.

Incluso con estos avances, el desgaste británico era elevado. El 3 de noviembre Montgomery tuvo que detenerse ante las pérdidas sufridas. Rommel aprovechó esa pausa para retirarse (desobedeciendo las órdenes de Hitler). Sus fuerzas también habían sufrido y la falta de combustible y otros suministros desaconsejaban a los alemanes seguir luchando. El 11 de noviembre la batalla se dio por finalizada cuando las fuerzas italianas y del *Afrika Korps* se replegaban hacia Libia.

Había sido una victoria costosa. Montgomery había perdido 13.560 soldados y 500 blindados. Rommel tuvo menos muertos, aunque 49.000 de sus hombres fueron capturados. Los británicos también perdieron un número similar de tanques, pero los Aliados tenían una mayor capacidad para reponer las pérdidas materiales.

La prensa británica se encargó de resaltar los aspectos positivos y presentó la segunda batalla de El Alamein como una gran victoria. No se puede negar que Montgomery sí había conseguido cambiar la moral guerrera de sus tropas y, por extensión, del pueblo británico. Comenzó a acaparar la atención de los periodistas y la prensa británica convirtió su figura en el contrapeso perfecto para la de Erwin Rommel, quien hasta entonces parecía invencible.

La figura de Montgomery se hizo icónica, especialmente ataviado con su gorra australiana negra. Esta imagen se construyó a partir de una fotografía tomada el 4 de noviembre de 1942, mientras observaba el avance de sus tropas desde la escotilla de su tanque Grant. A partir de ahí, casi siempre aparecería en público o en las portadas de la prensa con la emblemática gorra en su cabeza. También pasó a ser conocido por el diminutivo de Monty. Como muestra de la popularidad de esta iconografía, en una conversación con el secretario privado del rey Jorge VI, le dijo que «mi gorra vale por tres divisiones. Los hombres pueden verla a lo lejos. Y exclaman, «Allí está Monty, y entonces son capaces de luchar contra cualquiera»³.

Tras El Alamein, las fuerzas del Eje en el norte de África aún no estaban derrotadas. Montgomery continuó acosando a las tropas de Rommel en Libia, las cuales se fueron replegando hacia Túnez. A su vez, los Aliados desembarcaron en Argelia y Marruecos con la Operación Torch (Antorcha), por lo que el Afrika Korps se vio atrapado entre dos frentes.

Mientras se preparaba la campaña de Túnez, en enero de 1943, Monty comenzó a dar muestras de lo poco que le gustaba relacionarse con los estadounidenses. En una cena en Trípoli (Libia), se apostó con varios oficiales norteamericanos que si ocupaba la población de Sfax antes del 15 de abril debía darle un avión B-17 –conocido como la Fortaleza Volante–.

Montgomery logró la gesta militar, los estadounidenses le felicitaron pensando que el pago de la apuesta quedaría como algo simbólico, pero el británico llegó a enviar un mensaje al general Eisenhower para reclamarle el B-17. Al final, Monty recibió su avión que utilizó como su transporte personal hasta que tuvo un leve accidente con él en Sicilia durante el verano de 1943.

Montgomery estuvo a punto de cometer el mismo error que Rommel en El Alamein: avanzar por territorio enemigo al límite de sus líneas de suministro. En el avance del VII ejército en Túnez, los alemanes contraatacaron en Medenine el 6 de marzo, pero los británicos estaban preparados gracias a que habían interceptado las comunicaciones del enemigo. Con esta información en su poder, Montgomery pudo rechazar a las fuerzas de Rommel, en la que fue la última batalla que dirigió en África el Zorro del Desierto.

Pese a la retirada de Rommel, los aliados aún tenían que completar la ocupación de Túnez. Tras Medenine, Monty asaltó la línea Mareth, un conjunto de fortificaciones construidas años atrás por los franceses (potencia colonial en Túnez). La ofensiva británica comenzó el 16 de marzo. Parecía reproducirse lo sucedido en El Alamein, ya que las tropas italo-germanas contuvieron el avance del octavo ejército por el centro. Pero esta vez la baza de Montgomery fueron sus unidades de reconocimiento (el célebre *Long Range Desert Group*). Le informaron de los puntos al norte y al oeste por donde podían flanquearse las posiciones del Eje. El general británico no dudó en mover a algunas de sus unidades por esas zonas. La maniobra, que contó con un importante apoyo aéreo de la Royal Air Force (RAF, la

fuerza aérea británica) permitió rodear al enemigo y atacar su retaguardia. Tras quince días de combates, las fuerzas del Eje huyeron. El octavo ejército pudo reunirse con tropas estadounidenses del II cuerpo de ejército. Así se completaba el avance aliado por el frente sur de Túnez.

SICILIA E ITALIA, NACE LA RIVALIDAD CON PATTON

Hubo poco descanso para el guerrero. Tras la victoria en Túnez, Montgomery tuvo que enfrascarse en preparar la invasión de Sicilia (operación Husky), el primer asalto de los aliados occidentales a la Europa en manos del Eje y una excelente oportunidad para dejar a Italia fuera de la guerra. Cuando vio el plan para asaltar la isla se mostró muy contundente: «no tiene la menor esperanza de éxito y debe ser reelaborado por completo»⁴.



Montgomery y Patton en Palermo poco después de capturar la ciudad siciliana en julio de 1943. Fuente: Wikimedia Commons. Licencia de Dominio Público.

Sus quejas se basaban en que el sector británico de la invasión no tenía fuerzas suficientes. Insistió en cambiar la estrategia con tanta energía que causó más de una situación incómoda con los estadounidenses. Franco y rotundo, para los admiradores del comandante británico o un egoísta con modales insolentes para sus críticos⁵. Su oposición se basaba en la experiencia, Montgomery sabía que, en Italia, las tropas del Eje no iban a tener los problemas de abastecimiento experimentados en Túnez, Libia o Egipto.

Montgomery consiguió que los generales Dwight Eisenhower y Harold Alexander, máximos responsables de la invasión de Sicilia, aplicaran cambios al plan. El primer objetivo tras desembarcar en las playas sería ocupar una serie de aeródromos para facilitar el apoyo aéreo. Luego, las tropas reforzadas del octavo ejército tendrían un papel destacado ocupando los puertos de Siracusa, Catania y Augusta (en la parte oriental de la isla).

Los estadounidenses que desembarcarían en la parte occidental actuarían como protección del flanco británico. Este rol aparentemente secundario provocó las iras de algunos mandos de esa nacionalidad.- Especialmente, cabe destacar las quejas del general George S. Patton.

El 9 de julio de 1943, la invasión de Sicilia comenzó bien para los intereses aliados. Los soldados de Montgomery avanzaron frente a una oposición menos dura de lo esperado durante las primeras 72 horas, incluso logró una rápida captura de Siracusa. El enemigo estaba desorganizado y había que actuar rápido, por lo que Monty propuso un rápido avance hacia Messina, la ciudad más cercana a la punta de la bota que dibuja la península italiana.